

TACONES TRANSGRESORES – por Vinaqui

Soy de esas raras personas en peligro de extinción, que intenta ver los diferentes puntos de vista de todo el mundo y, más aún, entenderlos, aunque eso suponga contradecirme muchas veces... Sigo dando mis primeros pasos en este mundo de la escritura, y aún tengo mucho que aprender, mucho que observar, mucho que vivir... Pero voy a atreverme a escribir sobre mí y compartir mi experiencia de la que pude salir no sin reunir mucha valentía, librándome de una carga que pesó sobre mí durante varios años. Así pues, me voy a permitir refugiarme en mi propio relato, alejándome así un poco de lo cotidiano y permitiendo que me exprese para que otras muchas chicas y mujeres puedan inspirarse.

Sensata había sido durante años para todo lo que me concernía. A los “sensatos” (¿o cobardes?) nos gusta la seguridad, pisar tierra firme, no nos van las incertidumbres ni las ambigüedades: el “puede ser que un día”, “a lo mejor más adelante” o “ya veremos” son términos que nos son muy familiares y, cada vez que los pronunciamos, nos hacen más inseguros aún ante los acontecimientos que los envuelve... Y resulta que un año me envalentoné más que nunca, y para mi sorpresa, ¡no ha salido del todo mal!

Hoy tengo ya unos cuantos años (más de los que quisiera y no tantos como pensáis...). Mi ruptura de reglas fue hace unos veinte años y tiene que ver con las expectativas sociales de este mundo que me envuelve, respecto a la mujer que llega a los treinta y tantos con su vida hecha, los objetivos logrados y una comodidad relativa.

Ya desde antes de mis veinte años, disfrutaba de un noviazgo cómodo y seguro. Mi novio era lo que yo llamaba “chapado a la antigua” y ya me había habituado a sus excentricidades, y él a las mías, me decía yo.

Esa edad, junto con la sociedad en que vivo, era un límite invisible que marca qué puede y qué no puede vestir alguien que aspira a no ser tildada de “putilla” (con perdón), “moderna progre” o “aspirante a veinteañera”. Pues bien, con mis veinte recién cumplidos, una amiga que estudiaba en París, me trajo de regalo un precioso par de zapatos negros de tacón de aguja. Me enamoré de ellos inmediatamente, aunque no me animaba a ponérmelos, sabiendo como era mi novio y lo que pensaba en estos menesteres. Su lema era: “una mujer que enseña, es porque algo busca”.

Más de diez años estuvieron nuevecitos aguardando en su caja. Y es que ponérmelos, significaba acortar mis faldas para que lucieran mejor y salir a la calle, dispuesta a ser el blanco de las miradas nada discretas de hombres y mujeres. Y por supuesto, no saber qué podría pensar o decirme mi pareja al respecto; y no sólo él, también en mi oficina temía que pudieran hablar de mí. Tenía miedo de todo, y mi vida era tan cómoda así, callada, vistiendo “decentemente”, sin tener que enfrentarme a nada ni a nadie...

Pero un día, vayan ustedes a saber qué se me pasó por la cabeza, tomé coraje, respiré hondo, y me calcé mi bellísimo par de zapatos de altísimo tacón, y me presenté con ellos a mi oficina (por entonces, “centro neurálgico” de todos los chismorreos, opiniones sin lógica alguna y miradas acusadoras). Había tanta gente que seguramente nadie reparó en mis nuevecitos zapatos de tacón,

aunque debo confesar que fui un poco cobarde y los acompañé en ese mi primer intento con unos pantalones, lo suficiente para “disimularlos”. También me los quité inmediatamente al llegar a casa, y así “el crimen” quedaba oculto a todos. Pero al día siguiente me envalentoné, me los puse por segunda vez, y esta vez con una falda que dejaba ver que yo tenía piernas, como si de repente hubieran aparecido allí por arte de magia, y salí de nuevo hacia mi oficina. Durante esa mañana me dijeron alguna estupidez salida de boca masculina, y, ¡para mi sorpresa!, quienes clavaban los ojos en mis extremidades inferiores eran mis congéneres.

Al llegar a casa no me cambié, las estupideces siguieron saliendo de boca de la persona con la que había convivido tantos años; no sólo eran palabras ilógicas o incongruentes, esos adjetivos soeces llegaban a mis oídos y cada vez resonaban más y más fuertes, hasta el punto que mi corazón insufló tanta sangre, que mi cerebro me dijo “ya es suficiente”, y no permitió que ese vocabulario tan irreverente diera paso a los hechos... Recogí mis cosas y salí de allí corriendo sobre mis fuertes y bellos zapatos de tacón alto. Ahora sé que lo único que dejé allí fue unas gruesas y pesadas cadenas junto con mis zapatillas...

Debo decir que a esos zapatos negros de finísimo tacón de aguja siguieron otros con bordados, pedrerías, diferentes colores, rojos, blancos... Y me los fui poniendo, ya sin miedo. Vinieron a mi cajonera poco a poco los plateados, los de lazada a lo largo de la pierna, de tiras finas dejando mis dedos al descubierto... todos únicos y diferentes, pero todos reflejaban mi fuerza y mi valor. Con el tiempo, logré quebrar la regla de la “sensatez” y de pasar inadvertida, crucé la zona “gris” de las habladorías y pasé a ser conocida y reconocida por mis zapatos de tacón transgresores.

Hoy aún atesoro esos primeros zapatos de tacón, que me acercan a la agitación de una mujer en plena lucha por su vida, por su calidad de vida. Ya no me importa que me miren y comenten... como os he dicho, crucé la línea...

Es curioso, pero puestos a tener que llevar a nuestras espaldas la mochila vital, pienso que se hace más liviano, aunque sea muy de vez en cuando, si una manda su buen juicio a tomar por saco, se deja el corsé diario en casa y sale de su zona de confort.

Pero un consejo: no esperéis a hacerlo a los treinta y tantos. Porque una vez superada la logística inicial, y si una se da permiso, encontramos una melodía y paz interior que hace que podamos enfrentarnos a todos rugiendo y dando toda la caña del mundo. Hasta las últimas, y que sea lo que Dios quiera.

No quiero engañar: a veces incluso yo aún pienso que esa llamada cobardía más obedece a “prudencia” o a “educación”. Tal vez yo la tenía en demasía. En fin, esto pienso yo a veces; aunque cada uno es el que mejor se conoce.

Pues después de esta historia, ya veis que aquí sigo, feliz y transgresora, que una sabe lo que es quedarse con las ganas de muchas cosas durante años y años por no atreverse en el momento oportuno a hacerlas... Porque pecar por el camino es sencillamente divino. Lo humano, pues, es ponerse rímel en unos zapatos de tacón y echarse a andar...